

LAS PRIMERAS INVESTIGACIONES EN EL CERRO DE LOS SANTOS (1860-1870)

(CUESTIONES DE PUNTUALIZACION)

Las presentes líneas pretenden contribuir a una revisión previa de monumentos e informaciones que permita manejar las «antigüedades de Montealegre» con las debidas garantías. Es necesario, en efecto, documentar cuanto sea posible este riquísimo material, depurando la noticia, supliendo por deducción el dato que falte, valorando, en fin, todos los elementos de que dispongamos, para intentar así compensar de alguna manera el hecho fatal de que el Cerro de los Santos no haya sido descubierto en nuestros días.

Limitándonos ahora a historiar las investigaciones realizadas en torno a estos sensacionales descubrimientos antes de la intervención oficial, es decir, del envío al terreno de las Comisiones del Museo de Madrid, se ha procurado hacer un relato sencillo y fluido en el que, a vuelta de cosas conocidas pero indispensables para no perder el hilo de la narración, se van haciendo las rectificaciones y adiciones oportunas: aquéllas, en ocasiones, de inexactitudes que han venido arrastrándose hasta la actualidad; éstas, de piezas y escritos que conviene dar a conocer o airear.

En cuanto a las ilustraciones del presente trabajo, se han reducido a los ejemplares más expresivos que en él se aluden, el interés de alguno de los cuales, como aportación gráfica inédita, sin duda será debidamente apreciado por el lector.

* * *

La historia de las excavaciones en el Cerro de los Santos va tan estrechamente unida a la de los hallazgos casuales y rebuscas anticientíficas, que no es conveniente separar unos y

otras si queremos tener una visión clara y ordenada de los descubrimientos.

I. Los primeros hallazgos escultóricos hemos de suponer serían los que ocasionaron el nombre mismo del Cerro, así conocido al menos desde el siglo XIV, según documentos del archivo del Conde de Montealegre (1). Nada se sabe del paraje con anterioridad a esa fecha, sin duda por estar las ruinas ocultas por la vegetación que consta cubrió siempre el país, más espesa a cada nuevo incendio. Esta circunstancia, en cambio, sirvió para protegerlas contra la incultura de las gentes, extendiéndose el olvido sobre las mismas hasta el punto de que los vecinos de Yecla y Montealegre no las declararon en la información que acerca de antigüedades del reino mandó practicar Felipe II en 1575 y 1579. A fines del siglo XVIII continúan ignorados dichos restos arqueológicos, a juzgar por el silencio del canónigo don Juan Lozano, que tantas estaciones de varia importancia señaló en su historia de la región (2).

II. Pero en 1830 ocurrió un hecho decisivo para las antigüedades del Cerro: el frondoso bosque fué talado tan completamente que ya no volvió a brotar, produciéndose la consiguiente denudación del terreno y, con ella, la visibilidad del yacimiento. Desde entonces, puede decirse que los hallazgos se han sucedido sin interrupción, efectuados principalmente por los labradores de los alrededores, que acudirían a aquella fácil cantera en busca de materiales para la construcción de cercas vecinas y, sobre todo, del dique situado al E. del Cerro, varias veces reedificado tras las avenidas circunstanciales que han llegado a trasladar los fragmentos de «santos» hasta 2 y 3 km. de distancia (3).

III. Excavaciones de este género, en las cuales no siempre se perdería el monumento exhumado, fueron realizándose durante «muchísimo tiempo en nuestro Cerro, en el barranco de los

(1) *Memoria sobre las notables excavaciones hechas en el Cerro de los Santos, publicada por los PP. Escolapios de Yecla*. Madrid, 1871 (=Lasalde, *Memoria*), p. 7.

(2) J. de D. de la Rada y Delgado, *Antigüedades del Cerro de los Santos, en término de Montealegre*. Discurso de recepción en la Academia de la Historia. Madrid, 1875 (=Discurso), p. 11-12.

(3) P. Savirón y Esteban, *Noticia de varias excavaciones en el Cerro de los Santos*. «RABM», núms. 8, 10, 12, 14 y 15. 1875. Separata, del mismo año, por la que se cita (=Noticia), p. 13-16.

muerdos (4) ...y en varios otros lugares de los contornos... descubriéndose en todos notabilísimos vestigios de una populosa ciudad arruinada y en especial de un adoratorio» (5).

Tales hallazgos llegarían a conocimiento de algún curioso o erudito regional, como el valenciano don José Biosca, de quien consta su visita al Cerro en 1859 (6). También sabemos que en abril del siguiente año, un «lapidario y escultor francés» establecido en Yecla, halló «en el partido llamado del cortijo y cerro de la hoya de los santos», una figurita femenil sedente análoga a las que después tanto habían de dar que hablar, adquiridas por el Museo Arqueológico Nacional, encontrándose en el mismo punto «con profusión, fragmentos de estatuaria antigua con aire egipcio en las figuras y principalmente griego. Diferentes de capiteles, pilastras y otras curiosidades, pero todo truncado y enteramente deteriorado» (7).

Estas visitas y hallazgos no tuvieron otra trascendencia, y así hubieran seguido indefinidamente las cosas si don Juan de Dios Aguado y Alarcón, vecino de Corral Rubio, a veintidós kilómetros del yacimiento, no hubiera dado la voz de alerta. Cabe, pues, a

(4) Topónimo hoy desconocido, según me comunica don Joaquín Sánchez Jiménez. Aparece mencionado también (p. 51) en la obra más abajo citada, de Giménez Rubio, quien asimismo se refiere a excavaciones y hallazgos en el Pulpillo, Tovarrillas, Monte Araví, Cueva del Tesoro y, sobre todo, Los Torrejones y Marisparza, donde se recogieron esculturas romanas de piedra.

(5) Lasalde, *Memoria*, p. 57.

(6) C. Lasalde, *Estudios acerca del pueblo batistiano*, «Semanario Murciano», núms. 85, 87-90, 94-96 (1879) y 99, 101, 104-105 (1880). Núm. 87 (= *Pueblo*). Acaso esta visita esté relacionada con las «exploraciones de unos valencianos, que despertaron el interés de los ingleses». (J. M. Domenech, *Monumentos prehistóricos de Yecla*. «La Esperanza» Madrid, 19 y 26 de noviembre y 2, 11-12 y 23 de diciembre de 1872). Por lo que pueda valer el dato, recordemos que en las Navidades de 1872 hizo un viaje exprofeso a Madrid para estudiar las esculturas de Yecla ingresadas en nuestro Museo, el director de la sección antigua del British Museum («RABM», 1873 p. 3-4).

(7) P. Giménez Rubio, *Memoria de apuntes para la historia de Yecla*. 2.^a edición notablemente aumentada del opúsculo que se publicó en 1849. Yecla, 1865, p. 40 ss. Merece transcribirse su descripción de la escultura: «Figura de un palmo castellano de altura esculpida en piedra refractaria del Monte Araví, que representa una señora anciana sentada en un ancho sillón, todo de una pieza. Parece ser imitación de una momia egipcia por el aire de su traje y actitud (sic); aunque por su aspecto, collares y enormes arracadas, podrá ser también un ídolo del gentilismo».

este modesto artista (8) la gloria de haberse percatado del valor de los descubrimientos y de ser así, el «Sautuola» del Cerro, que es tanto como decir de la plástica ibérica (9).

Aguado, en efecto, participó en las rebuscas, sino excavando, acudiendo personalmente al Cerro, en cuyo lugar, a principios de 1860 «se descubrieron muros de bien labrados sillares, muchos mosaicos, pedazos de búcaro, tejas, ladrillos, una inscripción que después no se ha encontrado y además un capitel y dieciocho estatuas, ya mutiladas, ya despedazadas» (10). Todo ello, amén de restos de plomo fundido, yacía desparramado por la superficie y recogido lo más expresivo por Aguado, fué trasladado a Corral Rubio, desde donde dió cuenta a Madrid, acompañando dibujo de siete al menos de dichas esculturas (11) y del capitel.

Estos diseños fueron hechos «in situ» ante los originales mismos, según expresa el autor en un *cuaderno* autógrafo firmado —luego en poder de don Pascual Serrano (12)—, que hemos de suponer fuera el borrador de campo utilizado para trazar en casa los dibujos del *álbum*, remitido con el escrito, el 28 de junio del mismo año, a la Academia de San Fernando, la cual a su vez lo envió a la de la Historia (13).

La colección Aguado pasó a manos de sus herederos, de

(8) «Cura de Montealegre en 1860», según P. Paris (*Sculptures du Cerro de los Santos*. «Bull. Hisp.», 1901 (= *Sculptures*), p. 122, por confusión con don Antonio José González, que lo fué de esa villa años después.

(9) No simplemente «uno de los primeros investigadores», como dice Paris en el *Essai sur l'art et l'industrie...* I, 1903 (= *Essai*), p. 249. Según Hübner (*Arqueología*, p. 237), la Academia de San Fernando «le había mandado allí para informar sobre las antigüedades recién halladas».

(10) Rada, *Discurso*, p. 12.

(11) A. Engel, *Rapport sur une mission archéologique en Espagne (1901)*. «Nouvelles Arch. des Missions scient. et litt.», París, 1892. Separata de 1893, por la que se cita (= *Rapport*), p. 50. El autor da como reproducidas las dieciocho esculturas descubiertas, aunque sólo llegaron a publicarse las siete que he dicho.

(12) Paris, *Essai*, p. 43.

(13) Se observan algunas discrepancias en la fecha de la visita de Aguado al Cerro, que fué el 28 de enero, según Mérida [*Las esculturas del Cerro de los Santos. Cuestión de autenticidad* «RABM», 1903-1905. Separata de 1906, por la que se cita (= *Esculturas*), p. 11], o en marzo, como da a entender Rada (*Discurso*, p. 12) al referirse a los descubrimientos reseñados por el joven investigador, cuyo *cuaderno*, por desgracia, deja en blanco la fecha en que tuvo lugar (Paris, *Essai*, p. 43). Ahora bien, su comunicación está fechada en Corral

quienes M. París adquirió, en 1903, dos cabezas para el Louvre (14) (lám. II); de las demás piezas, igualmente figuradas en el *album*, dos fragmentos se conservan en los Museos de Murcia y Yecla (15) (lám. I), y los restantes, incluido el capitel, pueden considerarse perdidos (16) (fig. 1-4).

VI. Aguado no volvió a ocuparse públicamente del Cerro, sino es en dos artículos aparecidos muchos años después en una revista barcelonesa (17), pero su sensacional comunicación sirvió a poco de base para el artículo de don José Amador de los Ríos (18), primer estudio publicado sobre el Cerro, en el cual se reproducen, con dibujos litografiados por P. de Aznar, todos los diseños del *album* que acompañaba a aquélla (19), del mismo modo que algunos del *cuaderno* fueron después copiados por G. Bertin para el *Essai* de P. París.

A falta de la comunicación de Aguado —que no he podido

Rubio a 31 de enero, según el mismo Mélida, lo que acredita la realización de una visita al Cerro pocos días antes.

El envío del informe a la Academia de Bellas Artes el 22 de junio (no de julio ni a la de la Historia, de donde pasaría al Museo Arqueológico Nacional, como dice Engel, *Rapport*, p. 158), también consta en el *cuaderno* de Aguado. En cuanto a su reexpedición a la Academia de la Historia, se verificó por acuerdo de la de San Fernando en sesión de 29 de octubre (Mélida).

(14) Publicadas ambas en el *Essai*, figs 166 y 281. Hay que advertir la confusión de nombres (Savirón por Aguado), que luego rectifica el autor en la pág. 249, al ocuparse de la segunda cabeza; la cree inédita, aunque había sido publicada por J. Amador de los Ríos en *Algunas consideraciones sobre la estatuaria durante la monarquía visigoda*, «El Arte en España», Madrid (= *Est. visigoda*), 1862, fig. 2, y 1863, pág. 16

(15) *Essai*, f. 184, p. 200, y F. de Avllés. *La colección del Colegio de PP. Escolapios de Yecla*, «AEArq» 1948, p. 372. En el *cuaderno* de Aguado no se hace extensiva a estas piezas la indicación de haberse dibujado también «in situ»: ¿por no haberlo sido así, en efecto, o por no pertenecer a su colección? Desde luego, la primera de ellas, al menos, no estaba en poder de los herederos de Aguado en época bastante remota, pues fué anotada en el Museo de Murcia por Engel en 1891 (*Rapport*, p. 83).

(16) *Essai*, fs. 141, 222 y 32. La cuarta pieza, una base de estatua, sólo la publica Amador, *Est. Visigoda*, I, f. 7 y II, p. 18.

(17) «Rev. Hist. Lat.», 1875, p. 3, y 1876, p. 241.

(18) Op. cit.

(19) Ignoro a qué piezas se refiere París al decir (*Essai*, Apéndice ms. inédito) que Amador publica «otras que parecen pérdidas y que no se encontraban en el *cuaderno* de Aguado». Dichos autores manejaron documentos distintos, *cuaderno* y *álbum* respectivamente: ¿es que no contenían ambos las mismas figuras?

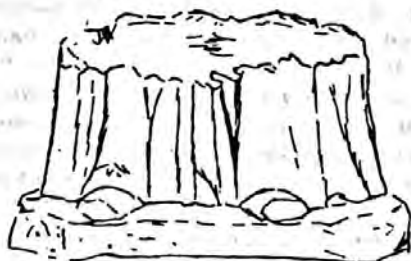
localizar—, el artículo de Amador recoge fielmente la versión de aquél sobre el estado del Cerro a su llegada, señalando las huellas



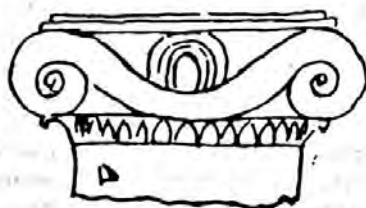
1



2



3



4

Figs. 1 a 4.—Ejemplares perdidos de la colección Aguado.

(Según P. Paris y, el núm. 3, A. de los Ríos).

de antiguo incendio en el edificio y de recientes torpes excavaciones en la meseta, con restos dispersos por doquier, entre ellos de «barro saguntino».

V. Pero ni uno ni otro escrito hallaron eco en las esferas oficiales o científicas y se perdió la última oportunidad de hacer excavaciones en el Cerro de una manera metódica (20), antes de las irreparables destrucciones perpetradas dos lustros después.

Se sucede, en efecto, un período de diez años durante el cual, si el silencio volvió a tenderse sobre el infortunado yacimiento, continuó el expolio iniciado en 1830, según se deduce de las lamentaciones de autores posteriores y de la realidad de hallazgos escultóricos efectuados, antes de la época de «fiebre» del yacimiento, por algunos individuos que «se habían dedicado a buscar esa clase de objetos en el Cerro de los Santos y otros puntos» (21).

A esta categoría corresponde el lote formado por el cura de la Concepción, de Yecla, don José Palau (o Palao) Mario, quien, nacido en 1834, había podido asistir casi a los primeros descubrimientos del Cerro, recogiendo algunas esculturas que pusieron en venta sus herederos al acaecer su muerte en 1870 (22).

De la colección formaban parte, además de monedas y antigüedades varias, «cinco cabezas y tres fragmentos» del Cerro que no logró A. Engel se los fotografiaran cuando su visita a Yecla el 4 de marzo de 1891 (23), pero que P. Paris adquirió siete años después para el Louvre (lám. IV, 13) junto con un trozo de inscripción latina (24) y tal vez también el de una mano y dos más de cabezas, calificados por él, como el de inscripción, de «restos sin valor» (25). Asimismo, pasó a su poder un catálogo manuscrito del difunto Palau con las inscripciones escultóricas

(20) Engel, *Rapport*, p. 77.

(21) Lasalde, *Las Antigüedades de Yecla*. «La Ciencia Cristiana», Madrid, 1880, p. 465 y 567; 1881, p. 166 (= *Antigüedades*). Entre las piezas procedentes de estas rebuscas clandestinas, a que también se refieren Rada (*Discurso*, p. 12) y Savirón (*Noticia*, p. 28-30), puede identificarse la gran oferente del M. A. N., aludida por el último. Antes lo había sido por el P. Lasalde (*Memoria*, p. 28) al indicar que, entre un número de estatuas descubiertas en fragmentos «muy próximo a doscientas», «sólo una ha sido hallada en buen estado de conservación».

(22) *Sculptures*, p. 129.

(23) *Rapport*, p. 82.

(24) Reproducidos por Paris en *Sculptures*, L. VIII, 1-4 (cabezas) y VI, 2-5 (fragmentos). La inscripción no se reproduce; la segunda cabeza (VIII, 2) pasó al M. A. N. en 1941.

(25) *Sculptures*, p. 133, n. 79.

de aquella procedencia y una serie de veintisiete fotografías de ejemplares del Cerro, hechas por un Padre Escolapio, sobre las que más adelante volveremos.

Vemos, pues, que este sacerdote, que además había reunido varias notas sobre arqueología regional, respondía, como Aguado y otros elementos que después desfilarán por aquí, al tipo de aficionado culto y no de mero coleccionista.

VI. Pero, por desgracia, tampoco faltaba el tipo de traficante. Y pronto sale a escena un modesto relojero, con pretensiones de artista y a la sazón vecino de Yecla, llamado Vicente Juan y Amat (26). ¿Cómo y cuándo adquirió la noticia de la existencia del yacimiento y la idea de aprovecharse de su fecundidad?

Sábese que en el otoño de 1870 Amat se ocupaba en buscar antigüedades por la provincia de Murcia (27), acudiendo al Cerro atraído por la vieja tradición de los hallazgos escultóricos en él efectuados (28) o, más concretamente, por el aviso del notario de Yecla, don José Martínez Yuste, natural de Montealegre, que además le facilitó el permiso del administrador del Conde de este título, propietario del terreno, para practicar excavaciones (29).

Inició, pues, éstas, acaso precediéndolas y desde luego simultaneándolas y subsiguiéndolas de algunas compras de «objetos de arte escultural» en el término de Montealegre (30), producto de los trabajos de labradores y buscadores de tesoros arriba aludidos. El propio Amat hizo excursiones a diversos lugares, de donde trajo objetos que, «verdaderos o falsos, pasaron por hermanos de los que eran tenidos en estima» (31), así como, después, estimu-

(26) Las noticias más completas sobre su persona las debemos a A. Engel (*Rapport*, p. 75), que alcanzó a conocerle, ya anciano, cuando estaba recluido como enfermo mental en la Casa de Beneficencia de Alicante, donde murió, según Mélida (*Esculturas*, p. 102).

(27) Lasalde, *Pueblo*. «En los últimos días de noviembre», había precisado el mismo autor en su *Memoria* (p. 8) refiriéndose al año anterior, pues ésta vio la luz a principios de 1871, según se dirá. Es, por tanto, errónea la fecha de 1872 que da en sus *Antigüedades*, publicadas seis años después.

(28) Lasalde, *Memoria*, p. 8. Vid. también, del mismo, *Pueblo*. Esto, suponiendo que no conociera ya el yacimiento, incluso desde los tiempos de Aguado, en que Amat contaría unos 35-40 años.

(29) Lasalde, *Antigüedades*.

(30) Savirón, *Noticia*, p. 6.

(31) *Pueblo*.

lado por sus ventas al Museo Arqueológico Nacional, efectuó excavaciones «en muchos puntos de la comarca» (29).

Ello es que el mismo mes de noviembre, regresó del Cerro con unas cuantas cabezas de piedra que mostró, entre otros, al erudito don Carlos Lasalde, profesor a la sazón del Colegio de PP. Escolapios de Yecla (32), y entusiasmado al oír decir a éste que parecían egipcias, ponderó tanto su «tesoro» que el referido administrador, don Juan Antonio Soriano, le retiró la autorización para proseguir sus tareas (29).

El P. Lasalde, cuyas informaciones son de valor inapreciable por conocer perfectamente todo el complejo proceso del Cerro según taxativa declaración (29), incurre en varias contradicciones importantes al llegar a este punto. Así, respecto a la cuantía del botín al ser suspendidos los trabajos de Amat, afirma en un sitio que éste «aún no había hecho más que sacar los primeros objetos» (31), y en otro que «descubrió multitud de estatuas, recogiendo también las que rodaban por la superficie de la tierra» hasta sacar «dos o tres carros de estatuas o pedazos» (29). Igualmente, en cuanto al origen de los objetos reunidos en Yecla y que habían de pasar al Museo de Madrid, unas veces nos dice que los por él exhumados fueron menos que los que adquirió en Montealegre (33) y otras al revés, coincidiendo, eso sí, en que aquéllos eran los más destruidos y éstos los más «preciosos» (29). En todo caso, es evidente lo copioso de los sucesivos lotes reunidos en Yecla por Amat, a juzgar por el volumen de sus ventas al Museo madrileño (34), incomparablemente superior al de las efectuadas a los Esco-

(32) No rector, como indica Engel (*Rapport*, p. 80), aunque pudo serlo después. En 1871 ocupaba ese puesto el P. Andrés Espinosa, según oficio del M. A. N. al Director G. de I. Pública en que se alude a la ayuda prestada por esa Comunidad. Fecha 4 de diciembre (Archivo del Museo, 1871).

(33) El coro general de censuras sobre el particular y que puede resumirse en los dictados de «negociante» y «vándalo» (Ibáñez. *Disertación histórica sobre la ciudad de Yecla*, Yecla, 1900, p. 8, y Engel. *Rapport*, p. 185), no tiene casi más excepciones que las del P. Lasalde y de D. Paulino Savirón, funcionario del M. A. N., debidas —aparte la nobleza de sus caracteres, de que nos habla Azorín (*La Voluntad*, Madrid, 1902, p. 17-108: excelente semblanza del religioso) y Mérida (*Esculturas*, p. 6)—, a razones de lógica discreción en sus relaciones con el vendedor y donante.

(34) Constituyen la mayor parte de la colección, salvo los ingresos de los Sres. Lasalde, Miró, González Velasco, Vives, etc.

lapios de Yecla (35) y, al parecer también, a algunos particulares como don Bernabé Morcillo, propietario de la región, y don Miguel Rodríguez Ferrer, Gobernador Civil de Murcia (36).

Tampoco ofrece duda la finalidad puramente lucrativa por Amat perseguida — como reconoce el P. Lasalde, no obstante su benevolencia al juzgar sus «importantes», «útiles» y «bienhechoras» tareas — ni su completa ignorancia en materia arqueológica (33). Sólo cabe aducir en descargo suyo que el yacimiento estaba condenado a desaparecer a manos de los campesinos y buscadores de tesoros; sin la «febril actividad» del relojero no se hubieran hecho las excavaciones y observaciones de los Escolapios, ni éstos hubieran escrito la notable *Memoria* que, como ahora se dirá, llamó por fin la atención de Madrid salvándose así los restos del naufragio.

VII. Parece que los PP. Escolapios siguieron «sólo de lejos» (36) esta excavación de Amat, aunque conocieran perfectamente el material recogido y el comprado entonces y después.

Tras la suspensión de dichos trabajos, el P. Lasalde visitó por primera vez el Cerro, a ruegos del administrador del conde de Montealegre y movido por la propia curiosidad. «Aquel día —dice— empezaron nuevas excavaciones, que dirigían los hijos del Sr. D. Juan Antonio Soriano», publicándose la *Memoria* «al terminar las segundas excavaciones» (29). Como ese folleto saldría de la imprenta, lo más tarde, a mediados de febrero de 1871 (37), queda dicho con ello que ambas excavaciones se sucedieron casi inmediatamente, que fueron breves y que tuvieron lugar a fines del año 70 o muy a comienzos del siguiente. No deja de sorprender la rapidez con que hubo de redactarse e imprimirse el folleto, aun de setenta y una páginas, en mes y medio, si bien ha de tenerse presente que la excavación quedó «apenas comenzada» (38), que el estudio se efectuó «apenas salieron del polvo los primeros objetos» (31) y que tal vez hubo alguna especie de colaboración.

(35) No tenemos otra referencia que la de Engel (*Rapport*, p. 51) sobre estas supuestas adquisiciones de los Escolapios a Amat, aunque es verosímil que el relojero no dejaría de tener atenciones con sus bondadosos mentores y amigos.

(36) Engel, *Rapport*, p. 51.

(37) Aluden a su aparición el oficio del M. A. N. fecha 26 de febrero (Archivo, 1871), solicitando intervenir en los descubrimientos, y la *Crónica arqueológica* de A. Rodríguez Villa, publicada en la «RABM» de marzo de 1871.

(38) *Memoria*, p. 11 y 71.

Es el momento de referirse a la paternidad de la *Memoria*, «publicada por los PP. Escolapios de Yecla», según reza la portada y según hacen constar siempre en sus artículos firmados posteriores los PP. Lasalde y Sáez del Caño (39), únicos miembros del Colegio a quienes cabría suponer autores del famoso folleto por haberse ocupado después del Cerro en sus escritos. A ambos religiosos, en efecto, se lo atribuye J. Zuazo (40), junto con un tercero llamado Manuel Gómez (41). Con todas las asistencias que se quieran, los principales o exclusivos autores tuvieron que ser aquéllos, y sobre todo el P. Lasalde, cuya directa actuación y labor posterior movió sin duda a Mélida a creerle autor único (42), como ya había supuesto su contemporáneo Rentero y Villota (43).

La *Memoria*, pues, del P. Lasalde, quizá por encontrar circunstancias más favorables, alcanzó mayor resonancia que el trabajo de Amador de los Ríos. Tuvo, cuando menos, un precedente en un artículo publicado por Sáez del Caño a fines de 1870, anunciando «por la vez primera en la prensa» el descubrimiento del Cerro de los Santos y señalando su importancia (44); otros artículos, conocidos también sólo por alusiones, se publicaron en los primeros meses del siguiente año por don Carlos Lasalde (45). Pero es la publicación de la *Memoria* misma la que provoca diversos escritos, en general semianónimos, aparecidos en revistas

(39) El P. Tomás Sáez publicó un artículo en la «RABM», diciembre de 1871, insistiendo sobre la necesidad de intervenir oficialmente en el Cerro y aludiendo a otro artículo suyo aparecido el año anterior «en la prensa», que será la primera referencia impresa acerca de los trabajos de Amat.

(40) *La Villa de Montealegre y su Cerro de los Santos*. Madrid, 1915, p. 47. No da explicaciones sobre la atribución.

(41) Figura entre los componentes del Colegio en el oficio del M. A. N. al Director G. de I. Pública encareciendo los buenos servicios de esa Comunidad. (Archivo, 1871) Sin embargo, Ruiz Aguilera, que participó en la segunda Comisión del M. A. N., dice que el P. T. Sáez fué «uno de los que redactaron la Memoria...». Oficio del Museo al Director G. de I. Pública, 15 de mayo. (Archivo, 1872).

(42) *Esculturas*, p. 12, aunque en las p. 95-96 la atribuye a ambos autores. Hay, además, la razón de que otro trabajo que más abajo se cita, suscrito por los «PP. Escolapios de Yecla» («El Liceo», de Albacete, 8 octubre 1871), es, sin género de duda, del P. Lasalde.

(43) A. R. V., *El Cerro de los Santos*. «El Liceo» de Albacete, 27 agosto de 1871, p. 2.

(44) Cfr. su artículo de la «RABM» más abajo citado.

(45) Cfr. artículos de Rentero Villota citados más abajo.

profesionales o periódicos locales, bien llamando la atención del Gobierno sobre la necesidad de intervenir en los hallazgos, como las notas del conservador del Museo Arqueológico Nacional, don Antonio Rodríguez Villa (46), bien de carácter doctrinal sobre la filiación de los antiguos pobladores del Cerro, como los artículos cruzados entre el citado don Antonio Rentero y el sabio Escolapio (47).

A la fase de trabajos de los hijos de Soriano se refiere sin duda nuestro investigador cuando habla de sus repetidas visitas al terreno (31), en el curso de las cuales presencié el descubrimiento de «asombrosa variedad de objetos» (48), llegando a desenterrar algunos por sí mismo (29). Los ahora recogidos consistieron en «preciosas estatuas, figuritas de toros de bronce, caballos y hombres, y algunos vasos de barro enteros» (29). Pero, en general, al tratar del examen de hallazgos, parece referirse indistintamente a los procedentes de ambas excavaciones (29), sin excluir las compras efectuadas por Amat, lo mismo que cuando alude al estudio detenido que se hizo de los objetos, «sacando fotografías, apuntes y calcos de los principales» (31).

Tuvo el P. Lasalde la suerte de poder contemplar reunidas todas las estatuas antes de su dispersión, como él mismo nos dice en la *Memoria* (49) y se desprende de las mencionadas fotografías, el fondo de una de las cuales parece indicar que fué el propio Colegio el lugar de depósito; por lo menos, de las pertenecientes a Amat y Palau, pues consta que en la administración del condado en Yecla —tal vez el mismo domicilio de Soriano— estaban también depositadas por entonces «numerosas estatuas» (50).

Cuándo y dónde se hicieron estas interesantes fotografías, queda expresado con lo que antecede. Quién las hizo, es más difícil de precisar, pues si Arthur Engel dice primero que dichas imágenes «las tomó entonces el P. Lasalde», quien tuvo la atención de enviárselas (36), luego habla de un P. Joaquín (51), según :

(46) «RABM», marzo, p. 46, y julio, p. 135, de 1871.

(47) «El Liceo» de Albacete, 1871; 23. 30 julio, 27 agosto (Rentero) y 20 agosto, 8 octubre (Lasalde)

(48) *Memoria*, p. 13.

(49) *Memoria*, p. 61.

(50) Savirón, *Noticia*, p. 27-28.

(51) Engel, *Nouvelles et Correspondence*, «R A», 1896, p. 226. Debe tratarse del P. Joaquín Roca, que figura en la relación nominal del citado oficio del M. N. A. al Ministerio.

versión que también había de seguir M. Paris (52). Sea uno u otro el autor, conocemos los objetos en ellas comprendidos por las tres fotos que publicó Pierre Paris de la serie que ya sabemos le fué entregada por los herederos de Palau (53) y, en cuanto a las inéditas, por las referencias del mismo autor y de su amigo Engel: en aquéllas, además de las piezas no identificadas, podemos señalar varias que habían de pasar a los Museos de Madrid, Barcelona y París desde las colecciones de Aguado, Palau y Dr. Velasco, además de la de Amat (54) (lám. III y IV); en éstas se encontraban objetos «más que sospechosos», las esculturas «más locamente fantásticas» atribuidas al supuesto falsario (55).

Pero dejemos por ahora el espinoso asunto de las falsificaciones así como las sucesivas adquisiciones y donativos que por estos años incrementaron la colección del Museo Arqueológico Nacional, cuyo inicio data de la marcha a Yecla de la primera Comisión en septiembre de 1871. Con ella entramos en terreno más trillado, aunque tampoco exento de puntos oscuros; sólo conviene observar que, en ciertos casos, los ingresos ajenos a las Comisiones confirman la existencia de varios núcleos privados más o menos numerosos de objetos de este yacimiento. Así, aparte las ventas de Amat, que se prolongaron hasta 1885 (56), y de una serie de estatuas y otros objetos arqueológicos ofrecida por don Ramón Martínez García en 1872 (57), ingresaron en el

(52) *Sculptures*, p. 129.

(53) *Sculptures*, p. 129, y *Essai*, p. 189. fs. 164, 233 y 253. El «juego» enviado a Engel —y que éste cedió a su compatriota nueve años después— consistía en reproducciones reducidas de esa misma serie. Como es lógico, se sacaron varias copias de los clichés; de éstos o de otros, llegaron algunas a circular en seguida entre aficionados de Albacete (Cfr. Rentero, art. cit.) y con más motivo de Yecla, en donde las obtendría Palau poco antes de morir.

(54) Sólo se han podido identificar las cinco piezas, que reproduzco, de las fs. 164 y 233 del *Essai*. Las otras, salvo algunas enteramente desconocidas, son de identificación más o menos dudosa, especialmente por haber sido al parecer retocadas las fotografías para mejorar el grabado.

(55) *Rapport*, p. 51, *Sculptures*, p. 129. P. Paris se contradice, pues, cuando manifiesta en el *Essai*, p. 228, que «es casi seguro que estas fotografías se han tomado antes que el relojero Amat hubiese abierto su taller».

(56) Mérida, *Esculturas*, p. 10.

(57) «...encontrados en excavaciones... en el término de Yecla... Según el dictamen de personas inteligentes, son éstos los más importantes de cuantos se han hallado...» Oficio del propietario al Director del M. A. N., 5 de diciembre. (Archivo, 1872).

Museo, en 1873, la colección de don José Ignacio Miró (58), de la que formaba parte la gran oferente descubierta tres años antes (59), y sendos vaciados de dos de las más bellas cabezas mitradas, cuyos originales, hoy en Barcelona y Madrid (60), poseía en tan temprana fecha don Pedro González Velasco (61).

* * *

Vemos, así, que van surgiendo poco a poco y a veces en los lugares más insospechados, varias piezas del Cerro, algunas de importancia capital, cuya existencia se desconocía en absoluto o se encontraban en ignorado paradero casi desde el momento de su hallazgo. Es el caso de la citada colección Rodríguez Ferrer (lám. V), hoy en el Museo de Vitoria y virtualmente inédita (62), y de una de las testas mitradas que acabamos de mencionar (lám. VI), la cual, divulgada sólo a través del vaciado del doctor Velasco, se creyó perdida o en el extranjero a la muerte de su último poseedor, Cánovas del Castillo (?), surgiendo ahora en la colección de don Miguel Mateu (63).

Estos «redescubrimientos», con otros más que se omiten por corresponder a hallazgos posteriores al período a que se contrae el presente artículo, espero que no serán el fruto menos interesante de una investigación seria orientada al mejor conocimiento de nuestra antigua plástica hispana.

A. FERNÁNDEZ DE AVILÉS

(58) Informe de la Sección I del Museo, 3 de enero. (Archivo, 1873).

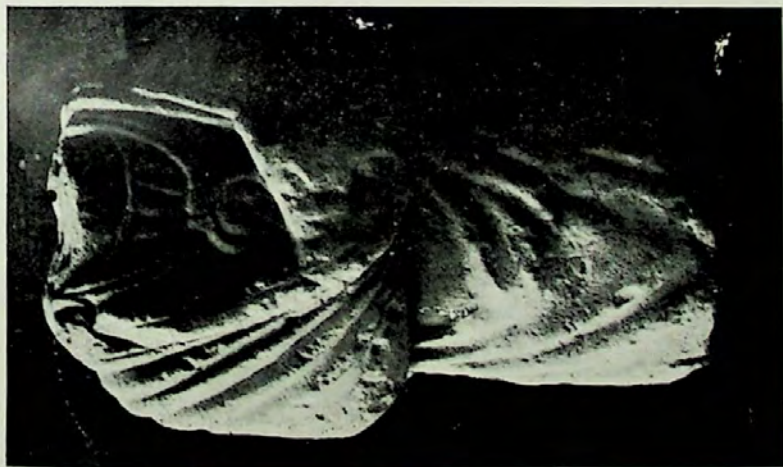
(59) M. A. N., 3500. *Essai*, L. VII.

(60) Col. Mateu Pla y M. A. N. 97-1942 *Essai*, L. X centro e izquierda (vaciados)

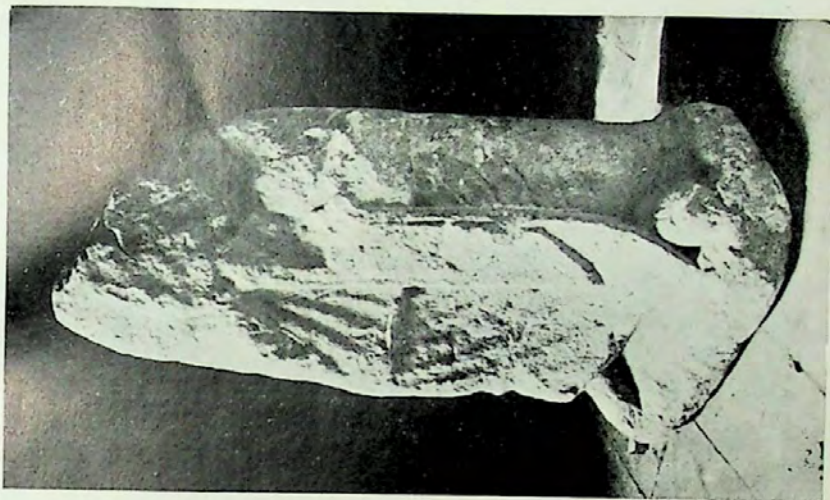
(61) Oficio de gracias del Director del M. A. N., 31 de marzo. (Archivo, 1873). Es el inexistente «Padre Velasco», a cuya colección de Yecla alude Paris (*Essai*, p. 225; en la p. 218 le nombra correctamente, en siglas que le inducirían a error).

(62) Sólo aludida en nota por A. Fernández Guerra (Contestación al *Discurso* de Rada, p. 168), diciendo que «entre diversas antiguallas procedentes de aquel hemeroscopio, guarda tal cual estatuita, dos cabezas de escultura mayores, y varias piecicillas del pavimento», así como un trozo de falcata. Con la valiosa mediación del Sr. Alvarez S. de Buruaga, pude identificar ambas testas por constar el nombre del propietario según informe del Sr. Fernández Medrano (1947), buen conocedor de aquel Museo, quien además me proporcionó las fotografías adjuntas. En cuanto a la estatuilla, que, como los demás objetos, no se logró entonces señalar con certeza, ha sido localizada allí hace unos meses por don Emeterio Cuadrado, conforme amablemente me comunica el mismo.

(63) Vid mi artículo sobre la colección Velasco en «AEArq», 1948, p. 374.



5)



6)

LÁMINA I.—Colección Aguado: 5) Museo A. P. de Murcia. 6) Colegio de Yecla. (Cl. F. de Avilés).



7)



8)

LAMINA II.—Colección Aguado: 7) y 8) Museo del Louvre. (Según P. Paris).



9)



10)

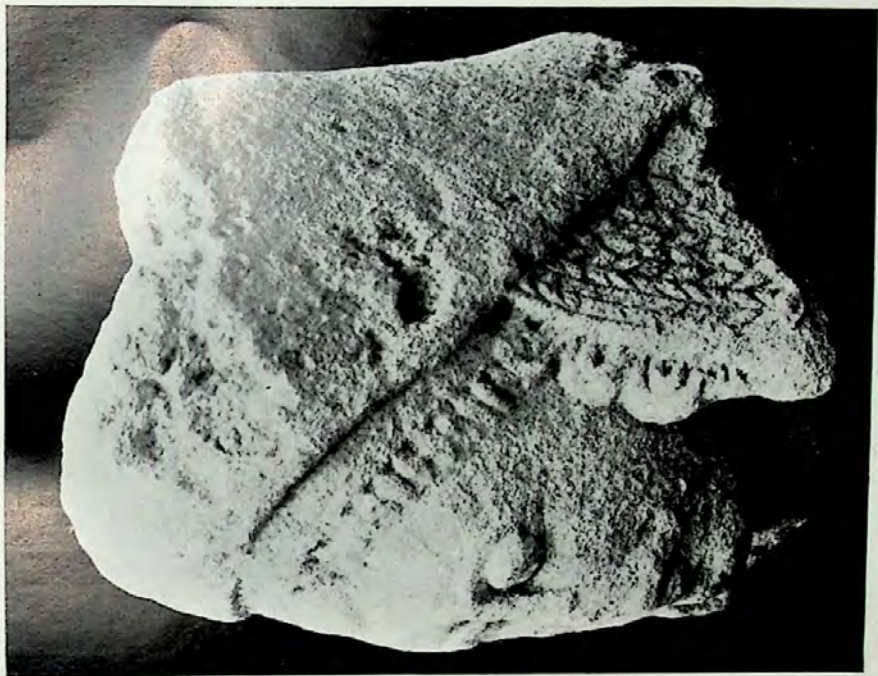


11)

LÁMINA III Esculturas identificadas de las fotografías de los Escolapios, en el M. A. N. 9) 104-1942. 10) s. n. 11) 7608
Las dos últimas, publicadas por primera vez en fot. documental (Cl. F. de Avilés y Domínguez).

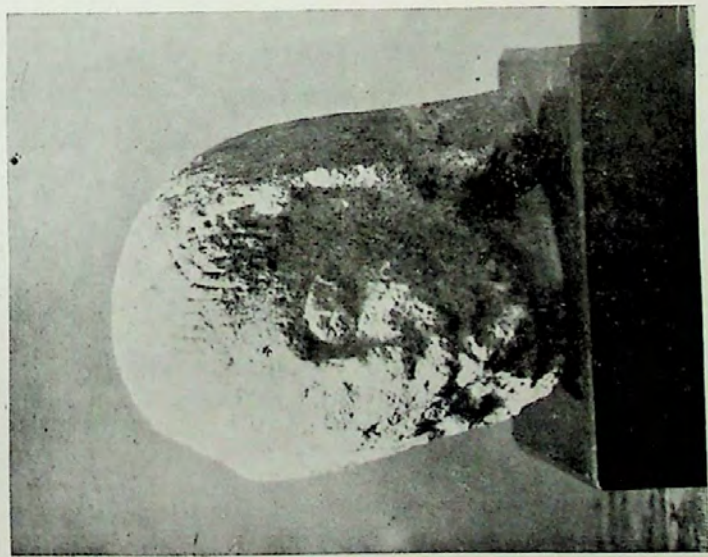


12)



13)

LÁMINA IV. Esculturas identificadas de las fotografías de los Escolapios, 12) Museo A. de Barcelona. 13) De la col. Palau, Louvre, hoy en el M. A. N., 213-1941. (Cl. F. de Avilés y A. A. H.).



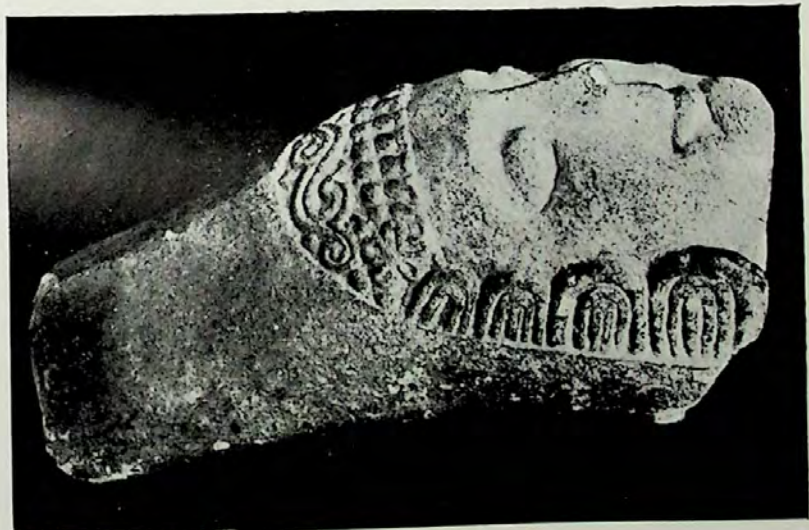
14)



15)

LAMINA V.—Algunos primitivos hallazgos, vendidos por Amat (?) a particulares 14) y 15) Cabezas inéditas de la Col. Rodríguez Ferrer, en el Museo A. de Vitoria.

(Foto Koch, comunicada por el Sr. F. Medrano).



16)



17)

LÁMINA VI Algunos primitivos hallazgos, vendidos por Amat (?) a particulares. 16) y 17), original que se creyó perdido, de la col. G. Velasco, luego Cánovas del Castillo (?) y hoy Mateu, de Barcelona. Publicado por vez primera en fotografía.

(Fot. Archivo del castillo de Perelada, comunicadas por mediación de D. M. Golobardes)